

Ágora (Relato corto)

Mariela

Ángela Recio Herrero ^{1,*}

¹ Universidad de Alcalá, Estudiante de Primer curso del Grado de Medicina

* Relato Ganador del I Premio de Relatos de la Cátedra RIS-UAH-GILEAD (2022)

DOI: <https://doi.org/10.37536/RIECS.2022.7.1.315>

Mariela estaba confusa. La televisión del salón pregonaba a todo volumen los preparativos de los futuros juegos de Los Ángeles cuando sonó la puerta de la entrada. Inmediatamente se hizo el silencio, como si el tiempo se hubiera detenido. Algo no anda bien. Desde que Ángel había vuelto lo único que se escuchaba era un murmullo quejumbroso, como una silenciosa letanía imposible de ignorar. Y de repente, un grito. El llanto desconsolado de su madre. Se agachó con las rodillas contra el pecho en un acto reflejo, y tan pronto como pudo reponerse del susto salió corriendo a ver qué pasaba. Entró al salón a la carrera, encontrándose de frente con los tres adultos. Éstos la miraron con sorpresa, como si por unos instantes se hubieran olvidado de que ella también estaba en la casa. Apenas tuvo tiempo de ver vagamente sus expresiones, en un intento de entender qué estaba pasando. Antes de que pudiera decir nada su padre se levantó y con un tono dulce la guió fuera del salón.

- Mariela, ven conmigo un momento.

Deshicieron el camino que acaba de recorrer hasta volver a su dormitorio. Allí, él se arrodilló y mirándola a los ojos le preguntó.

- ¿Por qué has venido corriendo?
- ¿Mamá está bien? -Mariela esquivó la pregunta. Su irrupción había sido tan abrupta y breve que casi no había podido mirar a su madre.
- Sí, mamá está bien -Y no verla convencida añadió- Escucha, quédate aquí. Volveré en seguida a por ti e iremos a dar un paseo.

Ella asintió, e hizo un ademán de coger un juguete. Pero tan pronto como su padre se marchó de vuelta se incorporó. No estaba bien. No estaba para nada bien. Aquella repentina reacción quedaba lejos de dejarla tranquila. Ahora sí estaba preocupada, y sentía la angustia como culebrillas revolviéndose en su estómago. Desobedeciendo lo que le habían dicho volvió a encaminarse al salón. Con pasos modosos y mucho silencio fue andando lentamente hasta llegar al quicio de la puerta. Su padre hablaba con Ángel, con un tono pinzado por la frustración. Hablaban con palabras raras, sobre que su hermano debió protegerse y sobre cosas sin arreglo. Hablaban como si Ángel hubiera escogido algo imposible de rectificar, con la tristeza más desgarradora que había percibido nunca.

Bastaron pocas frases más para que ellos dos también comenzaran a sollozar. Unas lágrimas traviesas amenazaron por caer, motivadas por una preocupación inmensa. Fue un llanto por simpatía, por percibir tanto sufrimiento que la rebosaba a pesar de desconocer la causa. Y ese gemido ahogado fue lo que la delató.

- ¿Mariela? -Preguntó su madre, con un tono tranquilo que se sintió terriblemente forzado- ¿Estás ahí?

Ante la pregunta los tres adultos guardaron silencio. Mariela, tras unos instantes que le hicieron ganar la seguridad suficiente como para mostrarse, entró de nuevo en el salón. Al verla su padre la

abrazó, y le preguntó por qué lloraba. La tentativa de devolver la pregunta, de inquirir por qué lloraban ellos, murió presa de una duda superior. Qué está pasando.

Miradas silentes, dudosas, tal vez perdidas entre los tres. Su madre suspiró y finalmente tomó la palabra.

- Ángel está enfermo.

Aquella frase resonó en su cabeza, como lo haría tantas veces después de aquella tarde. Mariela no sabía qué hacer. Cuando fue a abrazar a su hermano al volver del colegio días después éste se apartó con una mueca y una disculpa. Aunque ella sabía que no se encontraba bien sonó como una excusa desagradable que la hizo sentir rechazada. Porque ella quería estar con Ángel. Porque, pese a todo, era su hermano y quería pasar tiempo con él. Contrariada, su confusión dio paso a una rabietta desproporcionada que atrajo la atención de su madre.

- ¿Qué está pasando? -Al ver a la niña sentada en el suelo gritando y a su hijo mayor sin fuerza en la cama, su expresión pasó de enfado a pena; y con mucha más calma repitió- Chicos, ¿Qué ha pasado?
- ¡Ángel no quiere estar conmigo! -Chilló Mariela, con los ojos aguados.

Su madre la miró con compasión. Se sentó junto a ella, y acomodándola entre sus piernas cruzadas comenzó a acariciarle el pelo. Al principio ella intentó escapar revolviéndose en el abrazo, pero apenas tuvo aguante para ello. Terminó cediendo, dejando que la rabia fuera convirtiéndose poco a poco en un gimoteo liberador. Miró a Ángel de nuevo, tumbado con esa mirada cansada y ojerosa que se había instalado en su cara como un huésped perenne. Era evidente que no podía correr, saltar ni hacerla cosquillas como solía hacerlo normalmente. Después de todo, Ángel estaba enfermo. Se acordó de las veces en las que ella también lo estuvo, de lo mal que se sentía y de esa falta de energía que caía sobre su cuerpo como un peso muerto, como una manta mojada que solo pedía dormir y no despertar hasta estar mejor. Lo que no era capaz de entender era por qué no podía acercarse, si cuando uno está enfermo lo que más quiere y necesita son cariños. Y él no la dejaba ni tocarle. Sumergida en sus pensamientos, el sollozo fue poco a poco debilitándose, y al verla más calmada su madre retomó la palabra.

- Ángel no se encuentra bien. A veces hay que darle un poco de espacio para que pueda recuperarse -No sonaba segura de lo que decía. Mariela sintió que no la hablaba a ella, sino a sí misma en un intento de convencerse. Aun así, no dijo nada-. Dejémosle que descanse, te prepararé la merienda.

Mariela asintió, se levantó y salió por la puerta. Al ver que su madre no la seguía, retrocedió por el pasillo hasta quedar pegada a la pared que unos centímetros más adelante se abría al cuarto de Ángel. Y volvió a escuchar el murmullo. Ese zumbido mudo que emborronaba las palabras, como si su familia buscara codificar un mensaje que no querían revelar. Se sintió completamente excluida. Quería entender, saber qué pasaba y por qué nadie parecía contar con ella. De repente, el susurro se intensificó lo suficiente para que pudiera descifrar parte de aquel contenido ininteligible.

- El doctor ya te dijo que no se contagia por contacto, puedes abrazarla sin miedo.
- Lo sé, mamá, pero no quiero arriesgarme. Ellos apenas saben lo que está pasando, no están totalmente seguros -Sucedió un silencio, un espacio en blanco en el que su madre pareció meditar la respuesta.
- Está bien -Dijo rendida- Pero es aún muy pequeña, ella no entiende estas cosas.
- Lo siento... No puedo hacer mucho más ahora mismo.

La última intervención de su hermano fue más bien una exhalación derrotada. Mariela supo entonces que su madre saldría de la habitación para dejarle tranquilo. Con toda la prisa y el disimulo que pudo corrió a la cocina, pisando de puntillas para que su madre no supiera que había estado escuchando.

Mariela estaba preocupada. Últimamente Ángel parecía mucho más delgado que de costumbre, como si se hubiera olvidado de comer durante una larga temporada. Pese a que ya había pasado un tiempo, no parecía haber mejoría. Su hermano seguía recostado en la cama, con el cuerpo flojo y unas ojeras cada vez más violáceas. Cuando iba a verle se movía lentamente, como si el tiempo pasara más despacio y ella fuera la única en la habitación que podía escapar del efecto. Pero lo que más la impactaba eran los huesos de su hermano, cada vez más marcados bajo una piel que parecía de papel seda. Más aún cuando su madre le llevaba bandejas con la comida todos los días. Bien es verdad que solían salir como entraban, tan llenas y casi tan humeantes como hacía apenas unos instantes. Mariela empezó entonces a pensar que la comida podía ser la clave de todo.

Se acordaba de que aquel día en el parque, después de correr y correr le entró tanto sueño que podía haberse quedado dormida en el césped. Con las pocas fuerzas que le quedaban buscó a su madre y le dijo lo cansada que estaba. Ella la miró con ternura, con esos ojos piadosos que saben tanto. Y después habló. Mariela recordaba esas palabras como si fueran una especie de proverbio lleno de conocimiento. "No es sueño, cariño, es hambre". Tenía que admitir que al principio no lo entendió. Su tripa no se quejaba, no emitía ruido alguno. El problema estaba en sus piernas agotadas, en sus brazos colgando y en unos párpados batiéndose cada vez más lento, cada vez más pesados. Aun así, su madre la insistió en comer algo, y en cuanto pasaron frente a un kiosco le compró un bocadillo de jamón. Y fue justo lo que necesitaba. A medida que el bocata se iba haciendo más pequeño ella ganaba más y más energía, hasta que volvió a estar como antes de llegar al parque.

Ángel no se comía nada de lo que le llevaba su madre, y era probablemente por eso que estaba tan cansado. Si recuperaba el apetito su salud mejoraría, pero la comida de enfermo solía ser insípida y blandengue. Mariela detestaba comer purés aguados y pescado hervido cuando no se encontraba bien. Era normal que a su hermano tampoco le apetecieran.

Pensó entonces en las galletas de la cocina, esas de chocolate que solían comer esporádicamente para merendar. Siempre peleaban por la última, así que parecía la opción perfecta. Emocionada por su ocurrencia, por la posible solución que había ingeniado en su cabeza corrió por la casa hasta quedar frente a los armarios blancos. Sacó un par del tarro, y sin apenas darse tiempo para cerrarlo en condiciones salió disparada hacia la habitación de su hermano. Cuando su mano tocó el pomo respiró hondo, en un intento de calmarse antes de entrar.

- Ángel -Una cabeza durmiente se incorporó con suavidad, mirándola- Te he traído una cosa -Dicho eso se acercó al borde de la cama, y depósito sobre la colcha las galletas. Creyó ver un brillo sutil en los ojos de su hermano cuando las vio.
- Muchas gracias, Mari. Eres la mejor -Dijo con un tono apagado-. Ahora en seguida me las como.

Asintió, y después salió por la puerta. Tendría que esperar un poco para ver el efecto. Se contuvo hasta que su madre entró con la cena, y corrió hasta la puerta cerrada del dormitorio en cuanto vio la vio meterse dentro. Jugaba con sus dedos en silencio, como si fueran dos agujas que tejen con un hilo perlado de expectación. Fue por eso que le deprimió tanto cuando la vio salir con la bandeja intacta y dos galletas sobre ella.

- ¿Ángel no se las ha comido? -Preguntó desanimada.
- Ah, se las has llevado tú. No, no está teniendo mucha hambre. A veces cuando uno está enfermo no quiere ni comer, solo descansar. Dejémosle un poco.

Volvía al punto de partida, sin ideas. Ni siquiera había podido demostrar que ella también podía ser de ayuda en la situación. Cabizbaja, acompañó a su madre a la cocina.

Mariela se sentía sola. Sola y aislada en un mundo que le era completamente ajeno, un mundo adulto que la excluía sin miramientos. Pero, aunque era pequeña y no conocía muchas cosas, sentía que se la trataba de tonta. Con explicaciones esquivas y edulcoradas que le generaban más preguntas que respuestas. Con una fingida sensación de bienestar, como un entremés tortuoso en el que cada miembro de su familia desempeñaba un papel cuidadosamente ajustado para ella. Porque ella lo sentía. Sentía aquel ambiente sombrío ceñirse cada vez más sobre su casa, sobre sus padres y su hermano. Sentía la enfermedad avanzando como un reguero de pólvora incendiado, que iba dinamitando lentamente cada trocito de realidad que existía. Sentía la mirada de Ángel, cada vez más cansada, cada vez más débil contemplando un mundo que poco a poco se apagaba. Y ella no entendía nada. Hasta aquel sábado.

Sus padres se habían reunido en el cuarto de su hermano para hablar de sus cosas, de esas cosas que nadie le decía. Palabras desconocidas, cobrando vida gracias a los susurros, a voces ahogadas en emociones complejas que ella solo podía resumir en tristeza y enfado. Después de algunos meses Mariela había cogido la costumbre de esconderse junto al quicio, como un fantasma invisible que contempla aquel universo lejano e inaccesible. Pero aquel día no pudo más. Ya no podía ser la estatua silente tras la puerta, ya no quería seguir siendo la niña con los ojos vendados y las manos atadas. Respiró profundo, el pulso le temblaba casi tanto o más que las piernas. Sabía que lo que iba a hacer era arriesgado y la ponía nerviosa, pero no era justo estar fuera. Comenzó a replantearse la idea de irrumpir en la habitación y demostrar que había escuchado todo, de que pese a no entender qué pasaba había estado presente como cada uno de ellos. Pero cuando volvió a oír aquella palabra, aquel nombre que ellos decían con miedo sintió un calambre en el cuerpo que la obligó a abrir la puerta. Al otro lado, sus padres sorprendidos y un Ángel tendido en la cama, que había usado sus pocas fuerzas para mirarla. Mariela supo que era ahora o nunca. El tiempo pareció detenerse, hasta que ella misma lo reactivó gritando a pleno pulmón.

- ¿¡Me queréis explicar de una vez qué es el SIDA!?



© 2022 por los autores; Esta obra está sujeta a la licencia de Reconocimiento 4.0 Internacional de Creative Commons. Para ver una copia de esta licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>.